

Reseña de La ascensión humana de Louis Joseph Lebret *

[Reseñas]

Laura Vivianne Bermúdez Franco **

Citar como:

Bermúdez Franco, L. V. (2023). Reseña de La ascensión humana de Louis Joseph Lebret. *Análisis*, 55(103). <https://doi.org/10.15332/21459169.9075>



Introducción

El texto *La ascensión humana*, de Louis J. Lebret, O. P., está dirigido, en principio, a las y los militantes cristianos que estén dispuestos a ver las dimensiones del universo e insertarse en el desarrollo de la vida para que su conciencia sobre el existir los acerque a Dios sin olvidar al ser humano. El texto se divide en diez capítulos que muestran el mensaje que Lebret, O. P., quiere darle a quienes lo lean.

En los primeros tres capítulos, el autor enfoca su reflexión en torno a lo que implica descubrir la naturaleza y descubrir al ser humano, el cual ha estado en una lucha constante tanto con él mismo como con sus semejantes, incluyendo al medio en que vive. Según Lebret, O. P., es la forma en que se desarrolla este encuentro el que lleva a las personas a la enajenación o a la trascendencia.

En ese sentido, este pensador propone que muchas veces las estructuras económicas, sociales, políticas o religiosas no necesariamente llevan a satisfacer la necesidad de absoluto del ser humano, porque en el marco de estas estructuras lo que hacen las personas es establecer como bienes únicos y exclusivos aquellas

* Esta reseña surge en el marco del proyecto Fodein denominado "Ascenso humano de Lebret, O. P., en los ODS y el desarrollo ambiental, social y económico de Colombia", que se desarrolló en la Universidad Santo Tomás durante 2022.

** Magíster en Filosofía Latinoamericana de la Universidad Santo Tomás, especialista en Evaluación Socioeconómica de Proyectos de la Universidad de Antioquia y economista de la Universidad Santo Tomás. Integrante del grupo de investigación del Instituto de Estudios Sociohistóricos IESHFAZ. Correo electrónico: lauraviviannebf@gmail.com; ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4503-8064>.

conquistas que han tenido en el plano material o intelectual, las cuales, a fin de cuentas, terminan por esclavizarlo más que liberarlo.

Esto lleva a que se exponga un principio fundamental de los postulados de Lberet, O. P., que tiene que ver con la relación entre *apropiarse y dar*. En ese sentido, el autor expone que todo aquel que se ha apropiado, ya sea de bienes materiales, cualquier saber o conjunto de saberes, termina por enajenarse y solo en el momento de soltar, de donar u ofrecer, puede encontrar el sentido de su grandeza y contribuir al bien común.

Es por esto que en los capítulos siguientes Lberet, O. P., aboga por que quienes deseen encontrar el camino de la ascensión opten por un cristianismo que se enfoque en la justicia, la búsqueda de la verdad, la defensa de la vida y el cuidado del mundo a través de acciones que reflejen esta noción de dar y darse a los demás.

Descubrir, conquistar, luchar: el camino de la ascensión

En el capítulo “El descubrimiento del universo”, Lebret, O. P. (1962), hace referencia al proceso de crecimiento del ser humano, un ser que se ubica en el mundo y que, en la medida en que va adquiriendo y adhiriendo mayores sensibilidades a su ser, va puliendo su vida intelectual. Lo anterior se debe a que en la persona se desarrollan cualidades a través de las influencias familiares, sociales, e incluso el clima en que viven, y estas hacen que el mundo se inscriba de forma distinta en la memoria y en la inteligencia de cada uno (p. 14).

Lo anterior explica que las primeras relaciones del niño con su entorno están orientadas a identificar o identificarse en sus dimensiones físicas, teniendo en cuenta el sentido del espacio y del tiempo. Además, Lebret, O. P., sitúa al lector en una descripción científica del universo que hace referencia tanto a elementos macroscópicos como microscópicos. Esta narración permite remitirse al proceso mismo de evolución de la vida en donde se trata de buscar el equilibrio aun cuando se presenten estados de marginación y guerra.

El capítulo uno cierra con la pregunta acerca de *qué es el hombre*. Al respecto, Lebret, O. P., responde brevemente haciendo alusión al gozo de conocer, es decir, habla de que el ser humano implica ubicarse en el mundo y tener la fortuna de adentrarse en él.

Por su parte, el capítulo dos inicia mencionando que la vida siempre se supera a sí misma, que “la vida es siempre ascendente” (p. 25); y allí se conecta con la última idea del primer capítulo, puesto que la forma de ese ascenso, por lo menos en el

ser humano, se traduce en la capacidad de clasificar y designar a los seres del universo, en la capacidad de saber reconfigurar los productos de la tierra, en síntesis, en la posibilidad de conocer y transformar el mundo.

Sin embargo, el autor señala que el ascenso humano no termina en el conocimiento y reconocimiento del mundo, puesto que el ser humano llega a su plenitud solo cuando es libre y puede elegir entre los valores conocidos. En la medida en que es capaz de elegir el valor mayor, también tendrá la facultad de dar el mayor ser a sí mismo y al mundo (p. 28). Lo anterior significa que el camino del ascenso humano desde la perspectiva de Lebret, O. P. (1962), es progresivo y pasa por la inteligencia, la libertad y la voluntad: “Por su libertad y sus deseos el hombre hace que aumente o disminuya su valor en el universo” (p. 28).

Esto último no es un ejercicio individual; la persona que asciende puede también ayudar a otros en este camino, eso sí, siempre y cuando este acepte y ejerza su libertad. En ese sentido, el proceso de ascensión resulta de esfuerzos colectivos. Al respecto, vale la pena destacar que Lebret, O. P., reconoce al ser humano como un ser solidario que, en la medida en que da, también recibe.

En esa misma vía, el capítulo tres hace referencia a la relación del ser humano con la naturaleza, la cual ha estado mediada por las posibilidades de la humanidad para asociarse y trabajar de manera conjunta en la intervención del mundo. Para el pensador dominico, este encuentro permite evidenciar que las personas necesitan de otros, pero también de la naturaleza, y que en la medida en que el ser humano se dé a otros, y los elementos de la naturaleza se den a este, se gesta el camino de la ascensión: “En definitiva, el hombre por medio de un uso racional ha dado a la tierra, a los vegetales, a los animales un modo de existir superior. Poniéndolos a su servicio les ha hecho ascender en la escala de los seres” (p. 39).

Así mismo, y continuando con una de las ideas mencionadas en capítulos anteriores, aunque Lebret, O. P., reconoce que el hombre es un ser solidario, se refiere a las luchas que este atraviesa, dado que “no domina su apego a sus hábitos” (p. 41). Esto lleva, a su vez, a fenómenos como la desigualdad, ya que es ese mismo apego el que no permite una distribución justa de los bienes de la naturaleza entre hombres y países.

En el capítulo cuarto, titulado “Trascenderse y enajenarse”, se llama la atención sobre la importancia de no caer en reduccionismos, es decir, de no dejarse llevar por explicaciones de uno u otro calibre que le impidan al ser humano ver el mundo de manera integral. Para esto, hace referencia a las ideas de Nietzsche, al humanismo marxista, a los postulados anarquistas e incluso al existencialismo

sartreano para mostrar que está en contra de los humanismos que ponen al hombre por debajo o por encima de lo que realmente es. Así, la respuesta para este pensador está, como se ha dicho, en un cristianismo que no deje por fuera ninguna realidad, uno que llame a la acción de dar y darse a los demás:

La ley de crecimiento humano es una ley de donación. Cuanto más se da el hombre, tanto más se engrandece, tanto más es. El darse le obliga, en efecto, a crecer en dos dimensiones: si realmente quiere restablecer el bien común, se ve obligado a estudiar las condiciones de esta realización, lo que a su vez le obliga a ensanchar más y más objetivamente las miras de su inteligencia; además, se ve obligado a querer con firmeza y tenacidad el deber de crecer intelectual y moralmente. (Lebret, O. P., 1952, p. 49)

La acción cristiana: entre lo material y lo trascendental

El segundo gran apartado en que se puede dividir la obra de Lebret, O. P., hace referencia a la propuesta del pensador dominico frente a la enajenación que vive el ser humano y que lo lleva a luchas constantes consigo mismo, con los otros y con la naturaleza.

En ese sentido, el capítulo cinco se enfoca en las cualidades que debería tener aquella persona que quisiera llevar a la humanidad a cumplir su fin último (la ascensión). Al respecto, se menciona que se debe ser justo y procurar acercarse siempre a la verdad, y allí nombra a Jesús de Nazareth como un maestro de verdad. El autor menciona que en Jesús se encarna la espiritualidad divina y esto permite dar cuenta de que la elevación del ser humano no está más allá de su condición material, sino en el contacto entre esta y los valores que elija, en su opción por darse al otro, en su elección por el bien.

Los capítulos seis y siete se enfocan en comulgar esa relación entre el ser humano y Dios a través de la figura de Jesús, pero también haciendo un llamado a escuchar el plan de la naturaleza, que no es otro que el ascenso humano y, por ende, el crecimiento universal: “Total encaminamiento de la naturaleza, de todas las formas de buscar la vida, todos los esfuerzos de la humanidad tienen su meta en la participación consciente y amorosa de Dios por parte del hombre” (p. 121).

En los últimos apartados, el texto profundiza en el llamado que se hace a los cristianos a defender la vida, comunicarla y vivificarla por medio de darse al otro, pues al entregarse a los demás también se acerca a Dios: “Perdiéndonos nos ganamos” (p. 132). De esta manera, se afirma la gran responsabilidad que tienen los denominados *discípulos de Cristo*, pues estos no solo deben aplicar y vivenciar la caridad, sino que, además, deben aportar su inteligencia en la lucha por la liberación y el desarrollo trabajando en equipo y reconociendo su propia vocación.

Para esto es importante comprender que la contemplación y la acción no son inseparables, sino que por el contrario quien es capaz de ver y comprender que Dios está en la vida material, pero también en los pensamientos que incluso pueden llevar a la resistencia de los mismos seres humanos, será alguien que esté llamado a la acción continua que busque a la armonía y la paz.

De esta manera, resulta fundamental entender que “las dos tareas humanas, ordenación de la vida terrena y exaltación de la persona en lo divino, no solo distan mucho de oponerse, sino que se compenetran y complementan” (p. 148), y son estas las que marcarán el paso hacia el ascenso humano, el cual, más allá de parecerse al mito del progreso —y específicamente del progreso técnico—, se refiere a la inteligencia que busca la verdad y a la voluntad que busca la moralidad:

El progreso mecánico tiene sus peligros si no va acompañado del progreso espiritual. Si se insiste demasiado en el primero con exclusión del otro, la humanidad va perdiendo velocidad en el plano propiamente humano, no obstante la aceleración de sus conquistas materiales. (p. 149)

Por último, vale la pena destacar que Lebret, O. P., no desmiente la necesidad de estos otros progresos que deben acompañar y avanzar a la par del espiritual; así, habla de la necesidad de que se generen avances técnicos, biológicos, sociales, culturales y políticos en una misma marcha, ya que si esto no sucede solo se presentarán retrocesos en la humanidad.

Más allá del progreso...

El texto que aquí se reseña puede considerarse como una obra clave en el marco de la propuesta que hace Louis J. Lebret, O. P., ya que el autor, al hacer un recorrido en torno al universo, a la naturaleza y a lo que es el ser humano, permite dar cuenta del papel que reviste tanto el entorno biológico como el cultural en el pensamiento y la voluntad. Igualmente, a medida que se desarrollan los capítulos, el libro mismo va tomando un aire de elevación, pues se enfoca en la necesidad de absoluto de las personas, en su relación con Dios, para luego volver al plano de lo material trayendo a colación a Jesús de Nazareth y su condición hombre, para luego finalizar con el marco de acción que desde el cristianismo se puede proponer.

Es así como su obra cobra relevancia en la actualidad, dado que permite reconciliar las dimensiones material y espiritual del ser humano, estableciendo una estrecha relación entre estas. Así, en un tiempo en que las relaciones económicas y sociales llevan a las personas a guerras inagotables, contra sí

mismos, contra el otro y contra la naturaleza, la propuesta que hace Lebret, O. P., de volver a tomar conciencia de la existencia como una forma de darse al otro por medio de acciones concretas resulta no solo importante, sino urgente.

En ese sentido, se resalta la relación que el autor ha venido desarrollando en esta y otras obras con respecto al progreso de las naciones, el cual depende en primera instancia de la ascensión humana. Su idea de progreso técnico, científico e incluso económico que está sujeto al progreso espiritual resulta un aporte importante para las teorías del desarrollo que empiezan a tomar fuerza a mediados del siglo XX, ya que muchas de estas, como por ejemplo la propuesta de las etapas de crecimiento de Walt Whitman Rostow, tienen un enfoque principalmente económico, que deja el bienestar humano para el final.

En términos generales, la visión de Lebret, O. P., de un tema que aparentemente se ubica en el plano de lo económico da lugar a una comprensión más integral y, por qué no, compleja de la situación. En ese sentido, María Cecilia Múnera (2007) afirma que fue este autor uno de los primeros en plantear “la otra dimensión” del desarrollo, haciendo contrapeso a la noción más mecanicista en donde el desarrollo es el resultado de producciones sumadas y donde las finalidades son de orden cuantitativo (p. 102).

Por otro lado, vale la pena denotar que es necesario revisar más a fondo cuál es la relación que el pensador dominico realmente vislumbra entre el hombre y la naturaleza, ya que, si bien él habla de la lucha que se puede tener entre estos, y la importancia de solucionar esta “afrenta”, en algunos apartados pareciera que la forma de hacerlo es conquistando la naturaleza, ya que está ahí para darse al ser humano. Esta reflexión resulta fundamental, ya que se ha venido reconfigurando la idea que se tiene en torno a los recursos naturales, no solo desde el paradigma occidental, sino desde las mismas epistemologías del sur, donde se resalta la relevancia que tiene la naturaleza y cómo su cuidado implica también el mantenimiento de la vida.

De hecho, la encíclica *Laudato Sí*, del papa Francisco, hace referencia al cuidado de la casa común y reconoce la preocupación que sus predecesores ya habían dado al tema destacando que:

San Juan Pablo II [...] advirtió que el ser humano parece ‘no percibir otros significados de su ambiente natural, sino solamente aquellos que sirven a los fines de un uso inmediato y consumo’ [por eso es que] sucesivamente llamó a una conversión ecológica global. (Papa Francisco, 2015, p. 5)

Sin embargo, si bien no se afirma que Lebret, O. P., no haya considerado el cuidado del medio ambiente, sí se cuestiona el hecho de que en el texto la expresión empleada para proponer una acción reconciliadora entre las personas y naturaleza sea *conquista*, lo cual puede dar a entender una relación de subordinación entre sujeto objeto, cuando, hoy por hoy, la mirada ha trascendido esta noción. Tal es el caso, por ejemplo, de la Constitución ecuatoriana, en la que se establece que la naturaleza es sujeto de derechos y ya no un objeto de explotación.

Así las cosas, queda abierta la pregunta en torno a este problema que vale la pena explorar en la obra completa del autor, puesto que, si bien se rescata el interés y la mención que este hace de la naturaleza en su momento histórico, no resulta del todo claro si este pensador la entiende como simple proveedora de recursos para la misma contemplación del ser humano.

Por último, si bien se puede pensar que la propuesta de Lebret, O. P., al intentar poner al hombre en el centro de la discusión, puede considerarse antropocéntrica, es importante resaltar que la segunda mitad del siglo XX, época en que el pensador desarrolla con más fuerza sus ideas (y sus acciones), corresponde con un tiempo en que la lógica imperante es la de la guerra y de la elevación por medios económicos. Es decir, es un momento en que la noción de progreso se asocia con una racionalidad fortalecida por las lógicas del mercado y las oportunidades de crecimiento económico que quedan después de la debacle. En ese sentido, se rescata el hecho de volver la mirada a lo humano, a las acciones y la responsabilidad del cristiano en un mundo que ha mostrado lo peor de sí, pero que aún tiene la oportunidad de recorrer el camino de la ascensión.

Referencias

- Francisco, Papa. (2015). *Laudato Sí': Carta Encíclica del sumo pontífice Francisco: a los obispos, a los presbíteros y a los diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre el cuidado de la casa común*. Paulinas.
- Múnera, M. C. (2007). Resignificar el desarrollo. Escuela del Hábitat CEHAP, Universidad Nacional de Colombia.